

NOVISIMA TACTICA



-1- Mis compañeras me censuran porque mi novio no es más que cabo; pero si supieran lo salado que es...



-2- Buena muchacha, pero buena! Vaya unos andares.



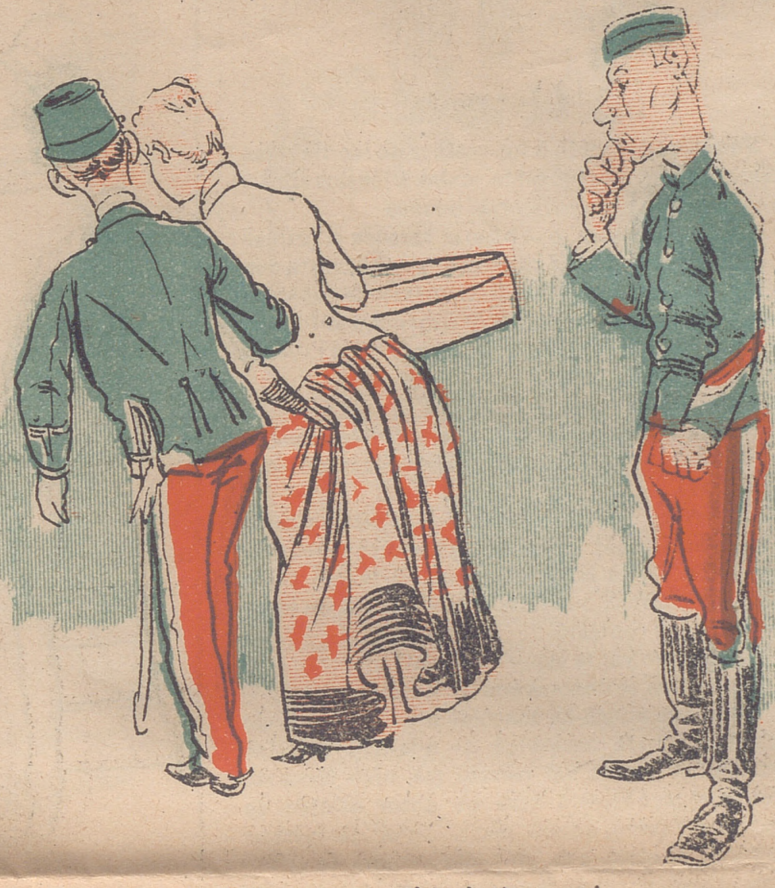
-3- Casi valía la pena de retrasarme un poco para saber dónde va.



-4- ¡Bendiga Dios la gracia de las costureras y tall! ¡Va usted muy lejos!



-5- ¡Conque corsetera, eh? Y con novio, ¿eh?



-6- ¡Canastos! Mi novia con mi teniente, y vice-versal



-7- —Mi teniente: el coronel que se presente usted enseguida.

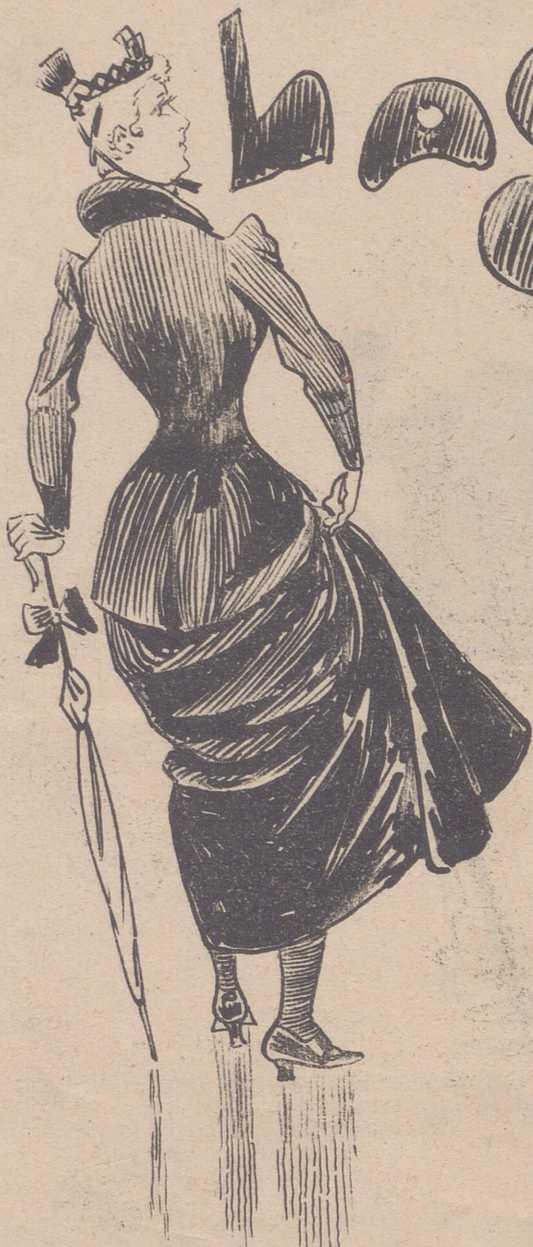
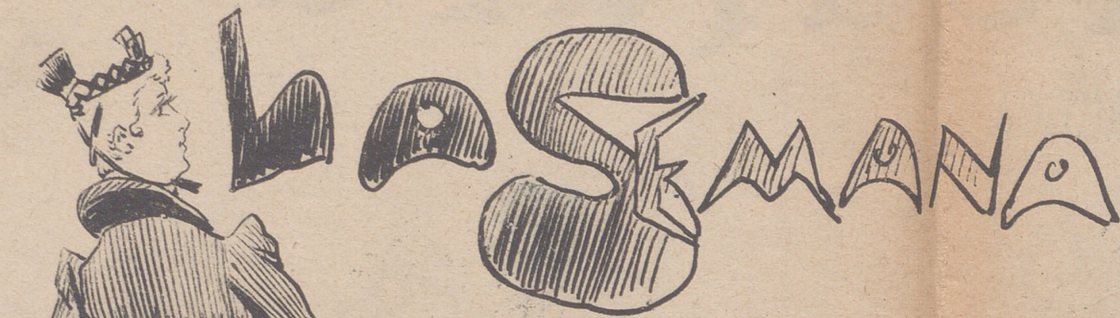


-8- ¿Qué demonios le pasará al coronel? Sobre todo, ¡qué oportuno es siempre mi coronel!



-9- —Vamos a ver, tu, ¿qué te decía ese teniente-ño? Ahora sólo le he enviado al cuartel; otro día que te diga algo, lo meto en el calabozo.

Lit. MENDEZ-Isabel la Católica, 25. Madrid.



El del tercero.

Nunca he conocido á los vecinos de las diversas casas que me han parecido malas á los dos años ó á los dos meses de parecerme buenas.

Entre paréntesis: ¡qué buenas parecen el primer día! Recuerdo una, cuyo casero, a bañil hasta dos años antes, y que usaba impunemente gabán y lentes, nos dijo á mi mujer y á mí cuando fuimos á tomar el cuarto: «Que necesitais algo... Pues, D. José; esto necesito.»

Me levanté al oírlo, y le dije: —Pues D. José; necesito que nos rebaje usted el alquiler, si ha de seguir tuteándonos con esa franqueza.

La verdad es que pensé decirselo; pero no se lo dije, atemorizado por lo que un momento antes nos había hecho saber. Al hacerle presente (todo esto es histórico) que faltaba la tapadera de cierto sitio, nos contestó:

—La tengo yo; la estoy componiendo. Cualquiera se descara con un hombre así. Decía que nunca he conocido á los vecinos de mi casa, pero la necesidad de adquirir noticias fidedignas acerca del cólera, me hizo recordar que en el piso tercero vive un autor cómico de escopeta y perro; quiero decir, autor de revistas políticas, de estos que, en cuanto asoma un acontecimiento, se echan la escopeta á la cara y ¡zás! «El bicho maligno»; revisa cómico-lírica y comi-cólera en un acto y tres cuadros... al santo óleo.»

Yo creo que el condenado está deseando que venga la epidemia para revisarla. Se pasa el día entre el ministerio de la Gobernación, el Gobierno civil, el Ayuntamiento y el Hospital general.

Sin perjuicio de celebrar conferencias con cualquiera de quien le dicen que anda ligero.

Cazándole al paso en la escalera, he sabido que Villaverde es hombre muy «prensivo»; que pasa el tiempo mirándose la lengua en un espejito de bolsillo; que hace seis ó ocho días, observó en ella unas cosas muy feas, se asustó y firmó los decretos por los cuales ha quedado establecida la inspección sanitaria en la frontera; y, por último, que examinadas atentamente las cosas feas que Villaverde tenía en la lengua, se vió que eran las que se le quedaron por decir al Alcalde, cuando hablaron de los festejos.

Ha sido preciso llevarle el Alcalde inmediatamente, para que se limpie.

La del cuarto

Del piso cuarto baja Felisa muy angustiada, con mucha prisa.

Yo le pregunto que le ha ocurrido, y me contesta:

—¡Que lo han cogido!

—¿A quién?

—A Antonio.

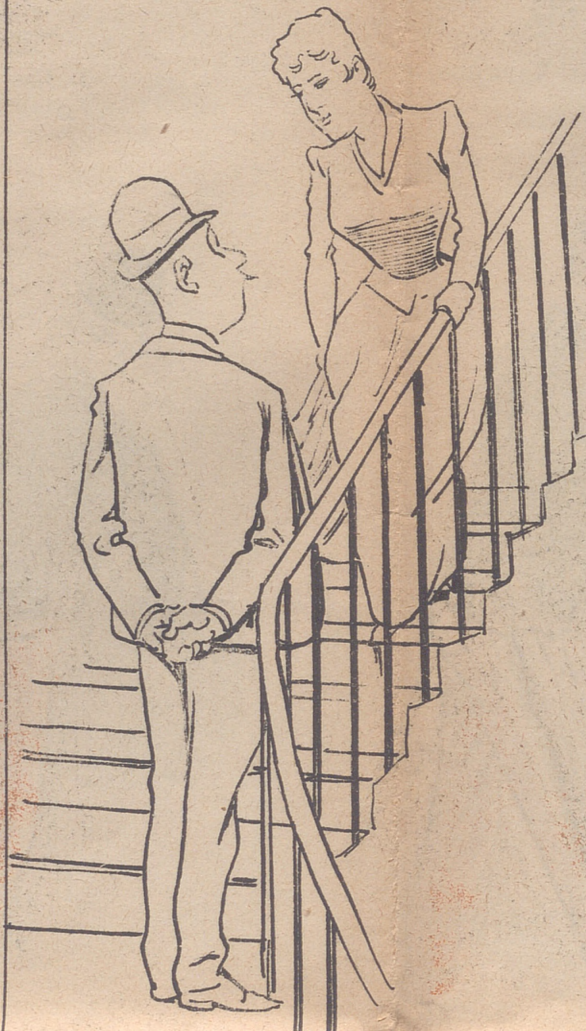
—¿Dios nos asista!

—¿Por qué ha sido?

—Por *izquierdista*.

—¡Ah, ya! ¡jugaba?

—Jugaba ahora para quitarme de peinadora. Gracias á Antonio, que vale un reino, peino unos días y otros no peino. Gasta, si tiene, que es un derroche; me compra alhajas, me lleva en coche; vamos de fiestas y de jaranas, y se fastidian las parroquianas. Mas si le ganan cuatro fulleros, lo empeña todo, me deja en cueros; y aunque se muere por mis pedazos, me da en la cara dos puñetazos.



Así es que rezo, cuando estoy sola al San Antonio de la consola, para que apuntes sin disparates á los *entreses* y *baccarrates*; pero mi Santo se ha descuidado, y á mi marido lo han encerrado. Y otra vez ando de peinadora... ¡Ay, qué solita que estoy ahora! Y usted callado como un doc-rino... ¡ay, qué sosáina que es el vecino!

El del entresuelo.

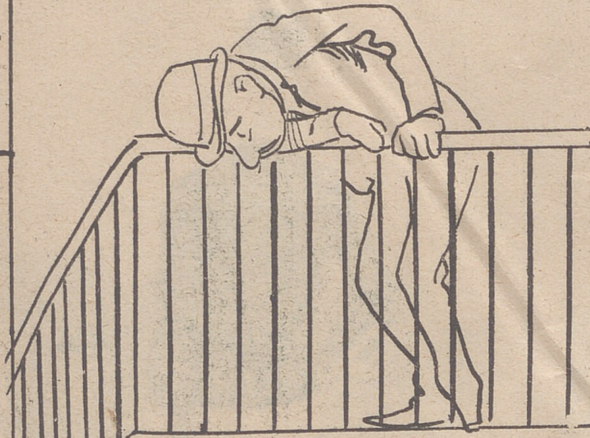
—Cuidado, vecino, va usted á caerse por el hueco de la escalera.

—Hola, D. Juan; es que esa peinadora... ¡Cómo tan temprano?

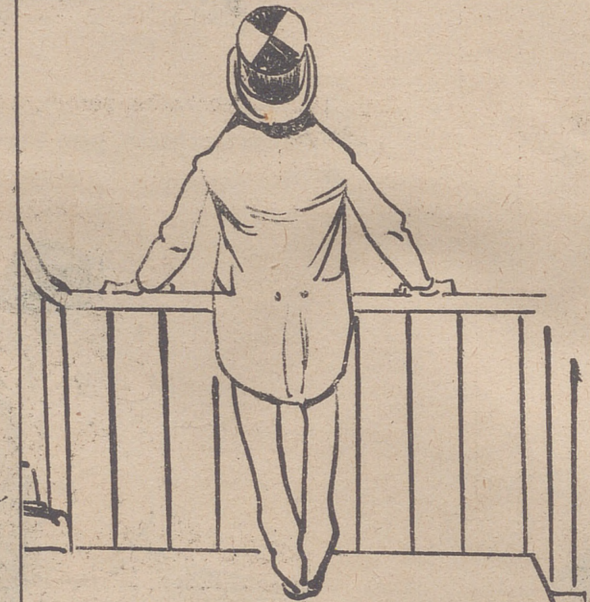
—A dar enhorabuena. Desde que me retiré, no ha hecho el ministerio de la Guerra cosa semejante; sesenta y siete comandantas ascendidas á tenientas coracelas, cuatrocientas capitanas á comandantas...

—¿Por qué cuenta usted los ascensos por mujeres?

—Parque el ascenso es para ellas. El hombre se planta una estrella ó un galón más, se mira la manga veinte veces el primer día, no se acuerda de ello al siguiente y sigue trabajando lo mismo que antes. La mujer admite una alcarreña más y descansa.



—¿Conque cuatrocientas capitanas?
—No: las capitanas serán ahora ochocientas por-brecitas que eran primeras tenientas.
—¿Ascienden ochocientos tenientes?
—No señor: la mitad. Pero siempre son más las tenientas que los tententes.
—Diga usted, D. Juan, ¿á qué llegó su señora de usted?
—Se murió cuando era yo sargento. No quiso pasar de ser una señora de clase.



El del principal.

Es Pepito. Se le conoce en el ruido del bastón en los pe-daños.

Porque el bastón de Pepito puede servir en caso de necesidad para apuntalar un edificio ruinoso. El es muy aficionado al toreo y en algo se le ha de conocer.



Eso de que digan que Lagartijo se retira, le pone fuera de sí. Lagartijo toreará hasta que se caiga de viejo y salga al redondel, apoyado en el brazo del cura de la parroquia. Yo no sé lo que hará Lagartijo; pero es seguro que al día siguiente de retirarse no se comprará un bastón como el de Pepito. Porque eso sería todo menos descansar.

No se fué Pepito, sin preguntarme:
—¿Ha leído usted lo de Vico?
—¿Se retira?
—¡Cá, hombre! Si está en *La muerte* como nadie.
—¿Resignado?
—No es eso; en *La muerte civil*, que la ha hecho en Lisboa con un exitazo colosal.

—¡Ah, ya! A propósito ¿puede usted decirme quienes son esos Garci-Nuño, Rincón y Ceruelos, concejales que estudian la cuestión del teatro Español.

—¿Por qué?
—Porque no los conozco.
—Ni yo tampoco.

El del segundo.

Ahora sale de casa, don Tadeo, que es un hombre simpático, aunque feo.

Y se marcha derecho á su oficina á dibujar papeles de cocina.

Tiene una extravagancia, como suya: siempre que abre la boca, una aléluya.

Y si es para toser, dos golpes dados á compás: es que tose en pareados

¡Qué! ¿lo dudan ustedes? Un momento, y verán que no miento.

—Don Tadeo, ¿qué dicen por ahí?
—Robos, muertes y lástimas así.

—¿Qué tiene usted costumbre de leer?
—LOS SUCESOS DE AYER.

Mire usted un criminal dicen que ha dado un tiro á un concejal.

¿Qué más?
—Una Marquesa, se ha quedado, al salir del baño, tiesa.

Al Credit Lyonnais, un tal Aquiles subió para robar algunos miles.

—¿Aquiles?
—Así llamó al ladrón: le han llegado á coger por el *tálón*.

El teniente Olivares, sigue teniendo mal los maxilares.

En Málaga dos hembras han reñido, y de dos puñaladas se han herido.

Y aquí dos mozalvetes tienen *tripitis* por tomar sorbetes.

El suicida de Arrás ha escrito que desea ver algo más.

Pravia está por Sagasta...
—No me lo vaya usted á matar; ya basta.

¿Quién mandará despues de D. Antonio?
—Pues el mismo demonio.

—¿Es que Sagasta no es buen gobernante?
—Yo no digo que no: es el consonante.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.



Caricaturas.

Hay una inmensa colección en esta villa y corte

Empezando por las caricaturas políticas, entre las cuales aparece en primer término el hombre que se cree importante y orador y estadista y serio, y luego resulta que no sabe dónde tiene la mano derecha, ni el ombligo, ni el bazo.

En España abundan estos personajes de juguete cómico, que andan constantemente de levita negra y guantes de piel de perro y sombrero de copa; que llevan siempre á su alrededor media docena de admiradores, de la clase de majaderos espontáneos, y miran con desdén á todos los demás seres de la tierra. Yo los he visto pasear por el Prado, despues de la sesión de cortes, seguidos de cinco ó seis señoritos que los admiraban y les dirigían piropos á cada momento.

—¡Oh, D. Pepito! ¡Qué hombre! ¡Qué inteligencia! ¡Qué lindo juego de boca! —decían á cada paso sus fieles súbditos.

Y él se pavoneaba como un pavo real, dignándose de cuando en cuando dirigirles una mirada cariñosa.

Allí, en el Prado, como momentos antes en el Congreso, nuestro personaje recibía muestras de consideración; y de vuelta en su casa le decía su esposa metiéndole los puños por las narices:

—¿Son estas horas de venir, grandísimo ganso? ¿Crees que vamos á estar toda la tarde pendientes de tus caprichos? ¿No sabes que se comió á las siete en punto? La culpa no la tienes tú, sino esos tontos que te tienen por hombre importante ó ignoran que hasta el año pasado no supiste cuál era la capital de Holanda y gracias á que te lo dijeron en casa de las de Gutiérrez.

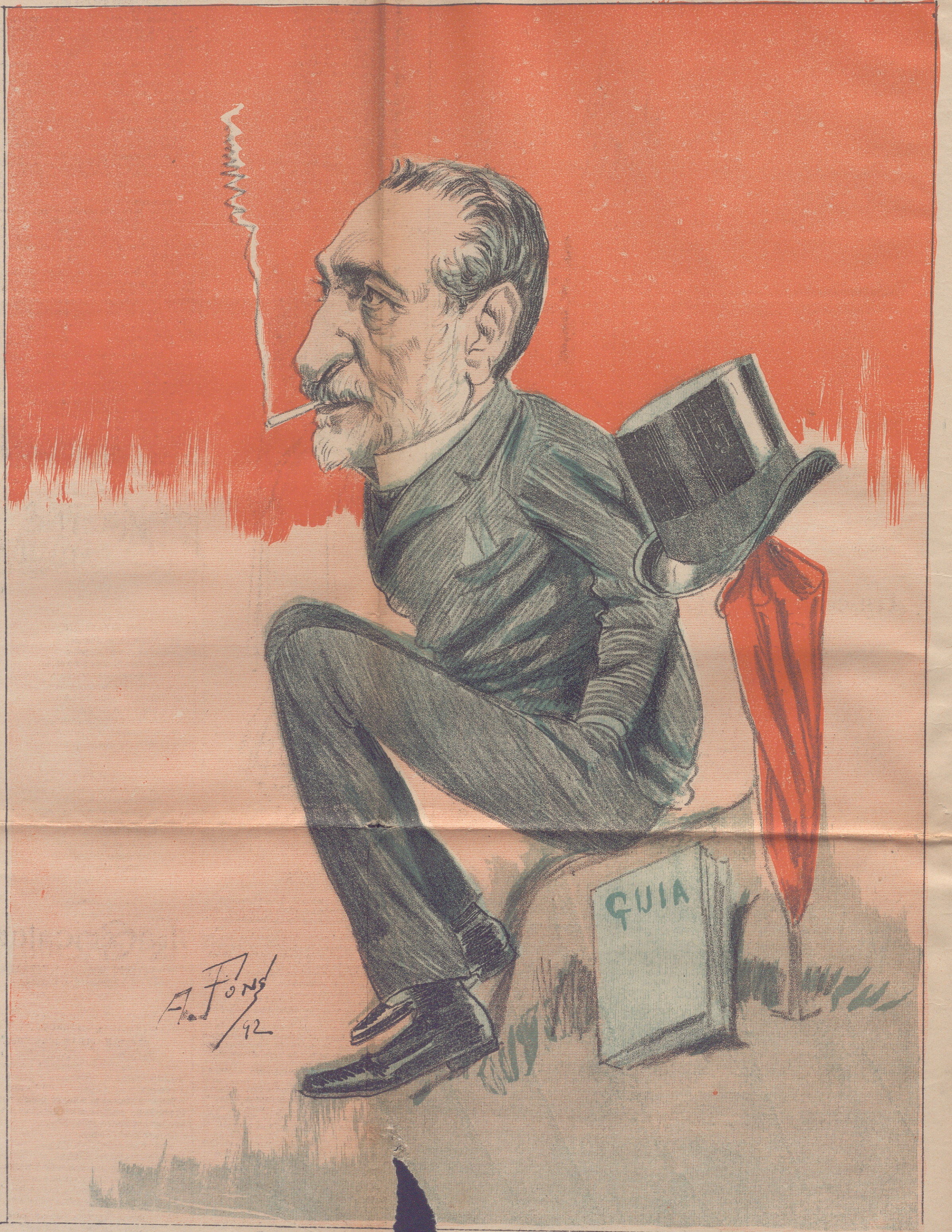
Yo sé de un hombre político, famoso orador y notable estadista, que llegaba á su casa, despues de obtener las lisonjas del público, y le decía su suegra, con acento imperativo:

—¡Gracias á Dios que has llegado! Toma; á ver si me pones derecho este tacón, que se me ha torcido.

Y le presentaba una bota, para que se la compusiera con un martillo que tenía él destinado á usos domésticos. La tarde que le llamaron de palacio para que formase ministerio, estaba untando con aceite frito la mesa de noche de su mujer, que se había desmejorado con el uso, y le decía esta furiosa:

—¡Jesus, que hombre más bruto! ¿Pues no se está comiendo el trapo del aceite? Quitáste eso de la boca, que es una porquería.

El tal sujeto llegó en este país á ser todo lo que hay que ser, y en palacio oían con admiración sus sobrias indicaciones acerca del conflicto económico. En cambio, su esposa le preguntaba:



A. FONS
/92

LOS HOMBRES DEL DIA.--PRÁXEDES MATEO SAGASTA.